

Alysson Leandro Mascaro

ESTADO Y FORMA POLÍTICA

PENSAMIENTO POLÍTICO CONTEMPORÁNEO

prometeo'
libros

ESTADO Y FORMA POLÍTICA

Alysson Leandro Mascaro

ESTADO Y FORMA POLÍTICA

prometeo'
libros

Mascaro, Alysson Leandro

Estado y forma política / Alysson Leandro Mascaro. - 1a ed -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Prometeo Libros, 2021.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-816-200-3

1. Filosofía Política. I. Título.
CDD 320.01

Cuidado de la edición: Micaela Magni
Armado: Yanina Pérez
Corrección: Luciana Cicerone
Traducción del portugués: Juan Pablo Pardías

Directora de Colección: Rocío Annunziata

© De esta edición, Prometeo Libros, 2021
Pringles 521 (C1183AEI), Ciudad Autónoma de Buenos Aires
República Argentina
Tel.: (54-11) 4862-6794 / Fax: (54-11) 4864-3297
e-mail: editorial@treintadie.com
www.prometeoeditorial.com

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Prohibida su reproducción total o parcial
Derechos Reservados

Contenidos

INTRODUCCIÓN	9
I. ESTADO Y FORMA POLÍTICA	17
I.I Reproducción capitalista y Estado.....	19
I.II Las formas sociales.....	24
I.III La forma política	30
I.IV El origen de la forma política estatal.....	34
I.V Forma política e instituciones sociales	37
I.VI Estado e instituciones políticas	44
I.VII Forma política y forma jurídica	49
I.VIII La autonomía del Estado	56
II. ESTADO Y SOCIEDAD.....	67
II.I Estado y especificidad histórica	69
II.II Estado y lucha de clases	78
II.III Fenómeno político y tejido social.....	83
II.IV El Estado ampliado.....	90
III. POLÍTICA DE ESTADO	99
III.I Estado y nación.....	101
III.II Estado y burocracia	105
III.III Estado, ciudadanía y democracia.....	111
IV. MULTIPLICIDAD DE ESTADOS	121
IV.I Capitalismo y sistema de Estados.....	123
IV.II Forma política e imperialismo.....	127
V. ESTADO Y REGULACIÓN.....	141
V.I Capitalismo, Estado y regulación	143
V.II Forma política y regulación	148

V.III <i>Estado, fordismo y posfordismo</i>	153
V.IV <i>Estado y crisis</i>	163
BIBLIOGRAFÍA	169

INTRODUCCIÓN

Durante largos períodos de la historia, la política ha sido explicada a partir de referencias ideológicamente sesgadas que le sirvieron, a su vez, de sustento social. En las sociedades esclavistas y feudales, donde el poder de los señores y los reyes se encontraba legitimado a partir de la voluntad de un dios, las narraciones políticas se limitaban a la repetición de la creencia en la delegación divina de los poderes al soberano y a los dominadores. La teoría, más que postular explicaciones causales, se despegaba de la realidad, partiendo de presupuestos transcendentales, para validar el mantenimiento del orden social y político existente recubriendo ideológicamente su objeto de análisis. Con estas bases teóricas se legitimaba a los aparatos políticos, al tratarlos, o bien como elementos de la inescrutable voluntad de Dios o avalados con los mantos del “orden”, del “bien común”, de la “voluntad de todos”.

En pocos momentos del pasado se pueden encontrar teorías políticas próximas a una explicación más concreta de la realidad social. Las circunstancias de la vida social en las polis griegas, en los tiempos de la democracia, permitieron un avance teórico en lo que respecta a la relación entre la política y la sociedad, como puede observarse en Platón, e incluso más, en Aristóteles. Pero no ocurrió lo mismo con la mayoría de las explicaciones acerca del poder durante la Edad Antigua y la Edad Media.

Recién en la Edad Moderna, muchas visiones con respecto al Estado y la política buscaron asentarse en bases más concretas, alejándose de aquellas basadas en presupuestos teológicos. Aun así, siguieron

comprometidas, o bien con el mantenimiento de regímenes de privilegios absolutistas, por un lado, o por otro, con la plena instauración de estructuras políticas burguesas. El pensamiento político moderno –aunque ya no más teológico en algunos casos– siguió fuertemente arraigado en el idealismo, explicando la vida política sobre la base de elementos metafísicos, fundando su comprensión de la política en la noción de legitimidad racional del poder y sustentando el mantenimiento del orden existente o de las clases dominantes, como en el caso de las teorías del contrato social.

Con la llegada de la Edad Contemporánea, el pensamiento político adquirió sus matices actuales. Cuando la teoría política burguesa deseaba exactamente lo mismo que la práctica política burguesa ya había conseguido e instalado, es que el pensamiento político pudo ya dejar de lado la metafísica, cerrando así los horizontes explicativos. Se buscaron establecer los contornos y límites del Estado en función de los que se presentaban en la realidad –asentados incluso con las mismas estacas ideológicas de las teorías contemporáneas–, y se empezó ya a considerar a la política como la actividad ejercida en torno a ese Estado y en sí misma. En términos formales, el iuspositivismo es un excelente instrumento de esta explicación conservadora: el Estado es lo que jurídicamente se denomina Estado. Y, en sentido contrario, también para el iuspositivismo, el derecho es lo que el mismo Estado denomina derecho. En los términos de las ciencias sociales y de la ciencia política, surgió así el análisis y la cuantificación de lo ya dado y establecido. En esta irrupción de la explicación analítica sin horizonte histórico o social, el Estado se asume como una entidad perenne, y no como resultado de un devenir histórico. No se lo considera tampoco imbricado en estructuras sociales específicas, dinámicas y contradictorias.

Esta visión conservadora, aunque relativamente actualizada, anima hasta hoy la mayoría de las explicaciones del Estado y de la política. Buena parte de las ciencias sociales trata el objeto de la política y del Estado, identificándolos con el iuspositivismo o sobre la base de herramientas teórico-analíticas conservadoras, que restringen los fenómenos aprehendidos a sus manifestaciones inmediatamente cuantificables, mensurables o repetibles. Al mismo tiempo, esas manifestaciones pueden revelar

patrones de reproducción, medios que, en ciertos intervalos históricos y bajo determinadas condiciones sociales, perduran de modo relativamente estable. Pero estos patrones medios no conducen a un entendimiento causal, estructural, relacional e histórico de los fenómenos de la política y del Estado, ni de sus problemas, contradicciones y crisis.

En las épocas actuales, arraigadas en el neoliberalismo, si bien la teoría se contentó con la existencia de un patrón que ha persistido de modo relativamente estable, no consiguió trascenderlo para señalarle una contradicción que le es inherente. Frente a la más reciente crisis económica y política del capitalismo contemporáneo, la neoliberal, los teóricos manejan, como herramientas de análisis, e incluso como posibles soluciones a la crisis, las mismas medidas cuantificadas y forjadas en el seno de esas instituciones neoliberales. Abordar un patrón o modelo social medio, de determinado período histórico, a partir de herramientas analíticas promedio amarradas teóricamente a ese mismo modelo, le da al análisis una apariencia virtuosa gracias al gran inventario de datos cuantitativos con respecto al objeto de estudio, pero para el abordaje de la totalidad y de las especificidades de las contradicciones y de las crisis, este tipo de análisis se muestra ciego, insuficiente e incluso infantil. Como ilustra un viejo ejemplo, salir de la crisis tomando el modelo o el fundamento teórico que condujo a esa misma crisis es como pretender que alguien que haya caído en un pozo pudiera usar sus propias manos para rescatarse, jalándose el cabello desde arriba. Así como el cuerpo, en este caso, no puede levantarse sin palancas externas, del mismo modo el propio Estado y la política no se estructuran, ni se explican por medio de sus definiciones autodeclaradas o de sus patrones funcionales y sistémicos medios. Para la comprensión del Estado y de la política, es necesaria la comprensión de su posición relacional, estructural, histórica, dinámica y contradictoria dentro de la totalidad de la reproducción social.

En todo el siglo XX, las teorías buscaron avanzar hacia una comprensión del Estado y de la política a partir de horizontes más amplios que los de sus propios datos empíricos cuantitativos o que su análisis institucional y jurídico. De cada uno de los extremos del siglo, se toman como ejemplos los pensamientos de Max Weber y de Michel Foucault. Weber, a inicios del siglo XX, estableció teóricamente una asociación entre el

fenómeno del Estado y la emergencia de patrones sociales capitalistas. A finales del siglo XX, Foucault abrió camino para la comprensión de fenómenos sociales hasta entonces poco evaluados por la teoría política, como la constitución social de la subjetividad, las prácticas microfísicas o la circulación del poder en redes, llevando así a ampliar la comprensión del Estado y de la política hacia otros tipos y formas sociales concretas que los entrelazan. Pero también Foucault, a partir de sus herramientas teóricas y dados sus límites, estuvo impedido de abarcar la dinámica total de la política contemporánea, cubriendo, aunque brillantemente, solo una parte de su geografía total.

* * *

El marxismo se revela como la mayor contribución a la comprensión del Estado y de la política en las sociedades contemporáneas. En la obra de Marx se expone un cambio radical en el modo de entender las categorías políticas y los fenómenos sociales como el Estado. Y, en Marx, así como en muchos marxistas, encontramos más que una mera contrastación empírica de la estructura y del funcionamiento de la sociedad, una contribución teórica y práctica. Es en la lucha contra la explotación capitalista, que se perciben, en forma concreta, las dinámicas y contradicciones extremas de la estructura política de nuestros tiempos. El marxismo no solo entiende la política con horizontes distintos a los tradicionales, sino que reconfigura totalmente el ámbito de lo político y de lo estatal, ligándolo con la dinámica de la totalidad de la reproducción social capitalista.

La comprensión marxista del Estado y la política puede considerarse distribuida a lo largo de diferentes períodos. Siguiendo en este sentido la división propuesta por Ingo Elbe, se revelan tres grandes fases teóricas del marxismo en el campo de la política: la primera, el marxismo tradicional, que va desde el siglo XIX hasta los tiempos de la Revolución Rusa; la segunda, largamente identificada con el denominado marxismo occidental, y que transcurre a mediados del siglo XX; y finalmente, la tercera, de una nueva lectura del marxismo, que busca extraer de los

fundamentos de la socialidad capitalista¹, la propia naturaleza estructural del Estado y de la política.

Estas diferentes etapas del pensamiento marxista en el campo político también comprenden diferentes abordajes a la misma obra de Marx. Es así, que el marxismo tradicional se nutre de las referencias más estrictamente políticas de Marx, e inclusive de la obra política de Engels, como el *Anti-Dühring* y *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. El denominado marxismo occidental, desde Lukács, muestra una preferencia por textos del joven Marx. Y por último, la nueva lectura marxista se basa en el Marx maduro, apropiándose de *El Capital* como marco para la construcción de una teoría política crítica del capitalismo.

La primera tradición del pensamiento marxista acerca del Estado y la política despuntó a finales del siglo XIX, con Engels. Es su lectura la que se volvió canónica, consolidándose como orientación de la práctica revolucionaria. Proviene de esta lectura la tendencia a considerar genéricamente al Estado como el aparato de dominación de la burguesía, debiendo entonces ser tomado por los trabajadores. De algún modo, Lenin fue un tributario y nuevo proponente de esta corriente. Por otro lado, en buena parte del siglo XX, fue Gramsci quien, entre otros, se destacó con una refinada comprensión de la política, englobando la totalidad de la vida social, y revelando el entrelazamiento entre el Estado y la sociedad civil. De alguna manera, dialogando con Gramsci o con su horizonte, los autores del marxismo occidental están ligados con las tareas, las urgencias y los debates en torno a las revoluciones socialistas y sobre todo, dada su persistencia, a las características de las reformas del propio capitalismo, que fueron alcanzando nuevos niveles.

La teoría política marxista experimentó otro salto en lo que respecta a la comprensión de los Estados en el último tercio del siglo XX. Entre los predecesores de esta nueva lectura, rigurosa con respecto a la política

¹N. del T.: En el original, el autor habla de *sociabilidade* capitalista. Sin embargo, se ha elegido traducirla como *socialidad*, y no como *sociabilidad*. El término que usa Joachim Hirsch (en quien Mascaro se referencia) para aludir a esta socialidad es *Vergesellschaftung*, mismo término que usaron, entre otros, Weber y Simmel, y que fue traducido al español *sociabilidad*. Pero justamente hemos elegido en este caso hablar de *socialidad*, y no de *sociabilidad* —como en las traducciones de Weber y Simmel—, para evitar que sea confundida con esa *sociabilidad*, más ligada a la tradición sociológica, y que poco tiene que ver con la *socialidad* a la que se refiere recurrentemente Mascaro en esta obra.

dentro del capitalismo, se destaca Pasukanis. Entre finales de la década de 1960 y especialmente, en la década de 1970, ya en medio de las contradicciones extremas de un capitalismo despojado del bienestar social y vislumbrada también la crisis de la experiencia soviética, el marxismo avanzó en la comprensión del Estado a partir de las mismas categorías que estructuran la sociedad capitalista. Un primer impulso en esta dirección provino del entorno del pensamiento de Althusser, especialmente a través de las teorías de Poulantzas, abogado de formación, quien trató de aplicar herramientas y categorías marxistas a los conceptos tradicionales de Estado y política. El resultado del pensamiento de Poulantzas fue una innovadora forma de ver los conceptos que habitualmente orientan la identificación del Estado y la política.

Pero, además de Poulantzas, las últimas décadas del siglo XX asistieron a la más compleja y profunda reflexión sobre el Estado en el seno del debate marxista. A partir de un movimiento de pensadores alemanes, ingleses y franceses—que, aunque con diferencias internas, tenían muchos puntos de convergencia— surgieron las corrientes del pensamiento político sobre el Estado denominadas teorías del *derivacionismo*. En este punto álgido de las reflexiones políticas críticas de finales del siglo XX, no se trató simplemente de sumergir las categorías políticas tradicionales en aguas marxistas. Se buscó, en cambio, hacer emerger, de las mismas categorías de la economía política y de la forma misma del capital y las relaciones de producción capitalistas, la comprensión de las estructuras políticas que le son propias. Entre otros teóricos derivacionistas, Joachim Hirsch es el pensador más importante en propugnar, a partir de Marx—y con las herramientas de la economía política, más allá de las meras instituciones y su funcionamiento— la comprensión de la forma política como derivación de la forma mercancía que se instaura en el capitalismo.

El marxismo, captando desde la totalidad el vínculo necesario entre la forma política y las formas económicas del capitalismo, mediadas por la lucha de clases, no opera, como las teorías políticas tradicionales, limitado a definiciones iuspositivistas ni a descripciones e identificaciones meramente empíricas, cuantitativas, funcionales o autorreferenciales sobre el Estado. Abandonando toda metafísica y toda definición parcial, legitimadora e idealista del fenómeno político, el marxismo lleva a cabo

una mirada de la totalidad de las relaciones sociales capitalistas, realizando la derivación necesaria de las categorías políticas desde categorías económicas, captando tanto sus relaciones estructurales como su dinámica política contradictoria, conflictiva y plagada de crisis. Retomando las perspectivas más avanzadas de la economía política de Marx, en *El Capital*, pasando también por las propuestas teóricas de Pasukanis en su comprensión del derecho, los pensadores del derivacionismo reposicionan la comprensión teórica de la política y del Estado en los tiempos presentes. La interfaz de este tipo de pensamiento es rica: en el plano económico, por ejemplo, el derivacionismo dialoga profundamente con algunas teorías de la escuela conocida como *regulacionismo*.

* * *

Para lograr un avance en la comprensión del Estado y la política, se deben superar necesariamente todas las mistificaciones teóricas que se limitan a definiciones jurídicas o metafísicas, como la que afirma que el Estado es el bien común o legítimo. Son también insuficientes las teorías políticas parcialmente críticas, como las de Weber o Foucault, que no abarcan al Estado en las estructuras de la totalidad social capitalista. Y tampoco son suficientes las teorías que separan al Estado y la política del todo, mediante la adopción de un profundo análisis interno, pero que no logra visualizar sus causas externas. En este sentido, los fundamentos políticos liberales, las cuantificaciones empíricas de la ciencia política e incluso las teorías políticas analíticas, sistémicas y funcionalistas, si bien se apegan al estudio de la política concreta y de sus modelos o patrones, no buscan a fondo sus raíces históricas, sus estructuras y sus antagonismos. Las lecturas políticas neo-institucionalistas tampoco logran entender la dinámica total de la reproducción social y de sus contradicciones, debido un cerramiento analítico que convierte a su objeto de estudio en algo aséptico e irreal.

Una posición teórica y práctica avanzada con respecto al Estado y la política debe ser inexorablemente crítica con la realidad actual, así como con las teorías que le dan sustento. Este cambio radical en el abordaje del Estado y la política podrá darse en la medida en que se realice a

contracorriente. Desde las últimas décadas del siglo XX, el triunfo del neoliberalismo y la mengua en las luchas sociales implicaron el abandono de una vasta gama de teorías políticas críticas inmersas en el conjunto de las contradicciones sociales, instalándose en su lugar explicaciones políticas por parte de la propia política. En vez de comprenderse a la ciudadanía como un medio de la explotación capitalista, se pasó a elogiar el modelo de garantía absoluta de los capitales sumado a la democracia electoral, considerándolos la panacea política, redentora de la dignidad humana de nuestros tiempos. El cambio en las categorías de comprensión del capital –como totalidad estructurada– por categorías meramente políticas implicó un gran retroceso en la teoría del Estado y en la ciencia política, que no permite hacer frente a las necesidades y demandas de la crisis del capitalismo actual.

La comprensión del Estado solo puede fundarse en la crítica de la economía política capitalista, basada necesariamente en la totalidad social. No es en la ideología del bien común ni en la ideología del orden, ni en los halagos a lo existente, sino en el seno de la explotación, de la dominación y de las crisis de la reproducción del capital que se vislumbra la verdad acerca de la política.

Referencias bibliográficas

Anderson (2004); Caldas (2013); Carnoy (1990); Codato y Perissinoto (2011); Elba (2010); Engels (s/d); Engels (1990); Hirsch (2010); Holloway y Picciotto (1979); Lenin (1988); Marx (2011); Marx (2013); Mascaro (2012); Naves (2008); Pasukanis (1988); Poulantzas (1971); Poulantzas (1977); Thwaites Rey (2007).

I

ESTADO Y FORMA POLÍTICA